

La forma y los medios de la revelación divina

CÉSAR IZQUIERDO*

La pregunta por el modo como Dios se revela nos introduce en un terreno minado por muchos años de crítica a la idea misma de revelación. Los ejemplos de indiferencia o rechazo a toda posible intervención de Dios en nuestro mundo, así como los argumentos que se aducen para fundamentar esa actitud gozan de una notable presencia y atención pública. Dentro del ámbito teológico, el desafío de planteamientos filosóficos y culturales totalmente ajenos e incluso combativos de lo cristiano y de lo religioso está ahí y reclama nuestra atención. Por esa razón, hoy resulta especialmente urgente que nuestra reflexión teológica incorpore un elemento de diálogo, sí, pero también de apología de la fe.

Una cuestión previa se impone. Al hablar de revelación de Dios, ¿de qué Dios hablamos? La historia ha conocido diversas imágenes de la divinidad que han sido el centro de cosmovisiones religiosas. Los filósofos, por su parte, han formulado sus propias reflexiones sobre Dios. Algunas de estas imágenes tienen el valor de ser una cierta «*praeparatio evangelica*» para la revelación cristiana. Pero en otros casos, presentan a un Dios que hace impensable e imposible toda idea de revelación.

Por ejemplo, el Dios del panteísmo no se puede revelar porque no tiene un interlocutor distinto de sí mismo; el Dios del deísmo tiene a quien revelarse, pero está tan alejado y desinteresado del mundo que no se quiere revelar. Y tanto el panteísmo como el deísmo vuelven a ser en nuestro tiempo actuales. El panteísmo lo es no tanto bajo la forma de filosofías como el spinozismo o el

* Universidad de Navarra – Pamplona (España).

hegelianismo sino como la conciencia difusa de una perfecta comunión de los seres vivos y de su hábitat, o de un espiritualismo del tipo de *New Age* que busca una armonía plena entre el cosmos y la conciencia. Por su parte, el deísmo que parecía una doctrina de otra época –de la Ilustración– ha renacido en muchas personas como recurso último para escapar del peso insoportable del ateísmo o, entre cristianos, porque no terminan de entender a Cristo, Verbo encarnado. A muchos les resulta difícil profesar el ateísmo, pero la idea de Dios con que funcionan es la de un ser completamente alejado del hombre y desinteresado por su vida y su destino. Un Dios creador, sí, pero no providente ni atento a sus criaturas.

Para poder hablar cristianamente de revelación es necesario partir de un presupuesto: que Dios sea personal, distinto del mundo pero no alejado de él ni olvidado o desinteresado por «las obras sus manos» (Ps 111,7); y que Dios no sea solamente razón necesaria, sino que –y esta es la gran aportación cristiana– también amor. «Dios es amor» dice san Juan (1 Jn 4, 8), y esa afirmación –inaceptable para el mero teísmo– es la condición necesaria para poder seguir hablando de revelación. Al mismo tiempo, también es necesario que el hombre –distinto de Dios– a quien va dirigida la revelación esté abierto a la comunicación de Dios y pueda en consecuencia percibirla, de manera que si lo hace no quede disminuido en su humanidad sino agraciado y perfeccionado. Si en la línea spinoziana o hegeliana se anula la real distinción entre Dios y su criatura, no tiene sentido hablar de revelación, ya que no podría existir más que, en todo caso, en la forma de una progresiva autoconciencia.

Una vez asentados los presupuestos sobre Dios y el hombre, podemos pasar ya directamente al cómo tiene lugar la revelación de Dios. Para ello conviene distinguir entre la *forma* y los *medios*. La *forma* como Dios se revela se refiere al modo como se configura la revelación a partir de su origen y de su destino. De manera general, decimos que la forma de la revelación de Dios es la que muestra su origen en la divinidad y su finalización en el hombre: forma divina (trinitaria) y humana. Por su parte los *medios* particularizan la forma en su darse históricamente a través de palabras y hechos, como indica el Vaticano II. A las palabras y hechos se une un tercer medio más inesperado pero necesario, que es el silencio. Previamente al desarrollo de estas cuestiones es preciso poner de manifiesto que la revelación no es una acción divina aislada sino que está íntimamente relacionada con la acción salvífica de Dios, de la que forma parte. La revelación y la salvación son elementos inseparables del plan de Dios sobre los hombres.

Revelación y salvación

La revelación cristiana es acción divina dirigida a los hombres. Ahora bien, ¿cómo afecta esa acción divina a los hombres? Durante mucho tiempo se ha entendido que la revelación de Dios era una iluminación dirigida a la razón humana, una comunicación de verdad que pedía la respuesta del asentimiento intelectual. Naturalmente, la revelación es iluminación y comunicación de verdad, pero el problema se planteaba cuando se entendía esa comunicación como algo exclusivo. A ese planteamiento respondía la crítica de los filósofos ilustrados que veían en la revelación una concurrencia con la razón con la que, sin embargo, no podía competir en igualdad de plano si se tomaba la evidencia como criterio de la verdad.

La superación del momento polémico del XIX en el que era esencial subrayar el carácter noético de la revelación y de la fe, ha permitido entender la revelación cristiana en un contexto más amplio que el de la dialéctica con la razón. Este contexto más amplio lo ofrece la salvación de los hombres por la acción amorosa de Dios.

La revelación de Dios es un elemento fundamental de la salvación, y en relación con la salvación es como se entiende de manera más completa. Por eso, el mismo término «revelación» que expresa inmediatamente el desvelamiento o comunicación de algo oculto se ve complementado por otros como automanifestación y autocomunicación de Dios. Dios abre el misterio de su intimidad, se da a conocer, y llama a los hombres a participar de su propia vida. La revelación, en consecuencia, que da a conocer el misterio de Dios no consiste sólo en la comunicación de un mensaje, sino que va inseparablemente unida al acto por el que Dios llama al hombre a su intimidad y lo libera del mal y del pecado. La revelación está, por tanto, esencialmente unida a la salvación. Dios se revela porque quiere salvar al hombre, y la revelación forma parte de ese designio salvador. Así lo dice *Dei Verbum* 6: «Por la revelación divina, Dios quiso manifestar y comunicarse a Sí mismo y los eternos decretos de su voluntad sobre la salvación humana».

La revelación forma parte de la salvación, pero no se identifica con ella. Dios no condiciona la salvación de forma absoluta a la aceptación de su revelación en Cristo. La revelación no ha llegado de hecho a todos los hombres, mientras que la voluntad salvífica universal de Dios alcanza a todos sin excepción: todo hombre está llamado a la comunión con Dios. Encontramos en este punto dos planos: el primero es el de la intervención de Dios en la historia en la que ha dado a conocer y ha realizado su salvación; el segundo es el de la voluntad salvífica universal de Dios que no está atada a los sucesos de la historia. El primero tiene su expresión en la revelación histórica que va desde el Antiguo

Testamento hasta la plenitud en Cristo. A esta es a la que llamamos estrictamente revelación. Pero esa manifestación de Dios no es la única. Anterior a toda intervención suya en la historia, hay una manifestación de Dios ligada a la creación, accesible a todo hombre, que puede reconocer la huella de Dios en el cosmos y en sí mismo, especialmente a través de la conciencia. Por esa razón «el hombre es, por naturaleza y por vocación, un ser religioso»¹. Más aún, si no tuviéramos más noticia de Dios que su acción y su palabra en la historia nos sería imposible identificarlas como tales, porque careceríamos de verdaderos criterios de discernimiento ya que no contaríamos con una noción de Dios ajena o independiente a su manifestación histórica.

La forma trinitaria

La revelación cristiana viene determinada por la forma y el contenido trinitario: el misterio de Dios es el origen que se expresa en el modo como tiene lugar la autocomunicación divina, y la misma Trinidad es el contenido esencial de la revelación. Todo ello está implicado en las misiones temporales del Hijo y del Espíritu Santo.

Dios se revela «por Cristo, la Palabra hecha carne, ... en el Espíritu Santo»² para que los hombres tengan acceso al Padre y se hagan partícipes de la naturaleza divina. Lo que Dios revela, en primer lugar, de sí mismo es que es Padre. Dicho en otras palabras, el Dios cristiano no es una pura energía, fuerza o razón absoluta, ni siquiera un mero ser personal, Creador y origen de todo. No: el Dios revelado por Cristo es un Padre que realiza plenamente su paternidad en el Hijo por medio del Espíritu. El Dios que se revela es Trinidad. No está de más insistir ahora en que la presentación de la revelación cristiana debe superar una precomprensión teñida de modalismo o docetismo que, en el fondo, entiende la revelación como acción del Dios uno, en sentido por tanto, cerradamente monoteísta, es decir, basada sólo en la unicidad de Dios. Según esta concepción, Dios se revelaría en general, sin que el misterio íntimo de Dios, su vida trinitaria, tenga nada sustancial que ver con su revelación ni, consecuentemente, con la salvación que ofrece a los hombres. En este supuesto, estaría legitimado un punto de partida a priori para tratar de Dios que se revela, ya que de la mera idea de Dios se puede concluir en la posibilidad de una revelación, y a partir de ahí llegar a determinar incluso algunas de las condiciones de la misma revelación. La revelación efectiva de Dios tendría en consecuencia la función de

¹ *Catecismo de la Iglesia Católica* (CCE) 44.

² CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Dei Verbum* 2.

desplegar, más allá de lo natural, lo que ya se conocía de alguna manera, por limitada que fuera.

Pero esta concepción de la revelación no haría justicia a la revelación histórica de Dios tal como se recoge en la Sagrada Escritura y en la Iglesia, y, por otro lado, conduce a un concepto de revelación reducido a la transmisión de conocimientos. En efecto, a Dios considerado exclusivamente en su unicidad, le corresponde un modo de revelarse caracterizado por la verdad de la representación. Podría naturalmente intervenir en la historia, ser autor de hechos, pero siempre a través de mediadores humanos. Si actúa en la historia, en cierto sentido lo hace desde fuera porque Él no es historia. Si el Dios uno entrara en la historia, la consecuencia sería que, o bien la historia se convertiría en divina, o bien el absurdo de que Dios dejaría de ser Dios. La razón es clara: Dios considerado únicamente en su unicidad no es compatible con la distinción o diversidad dentro de sí, ni con la posibilidad de ser no sólo autor de hechos, sino Alguien que se entrega.

Es necesario, en consecuencia superar una visión de la revelación basada sólo en el Dios Uno, que implica de hecho, una limitación de su riqueza y de la amplitud de su significado. Al no poder contar con un mediador en sentido estricto, es decir que esté al mismo tiempo en el lado de Dios y en el de la historia, la revelación en cuanto comunicación de unas verdades no supera el extrinsecismo, es decir, no hace entrar al hombre en una verdadera comunión con Dios. Pero la revelación cristiana no es una revelación «monoteísta», sino la del Dios Trino, es decir la revelación de Jesucristo que da a conocer al Padre por su Espíritu. Es ésta una afirmación fundamental que permanece más allá de las explicaciones que pretenden fundarla: Cristo es el revelador de Dios, mediador perfecto de la revelación puesto que como Verbo de Dios que se ha encarnado es Dios eterno y hombre perfecto; realiza las obras de Dios; habla de lo que ha visto; conoce a Dios y sabe lo que hay en el hombre.

La noción de misterio es, precisamente, la base para una comprensión viva de la forma trinitaria de la revelación. En efecto, el misterio de Dios es la fuente inagotable de revelación, su condición de manifestación en la historia y la garantía de su culminación escatológica. El misterio de Dios expresa la absoluta transcendencia, soberanía y libertad de Dios que no puede ser reducido a un ser del mundo, ni siquiera a una mera causa primera; ni, por otra parte, el hombre puede aspirar a llegar por sí mismo a una comunicación espiritual de «tú» a «tú», con Dios. La revelación, en consecuencia, sólo puede ser una donación amorosa de Dios que nunca está del todo disponible para el hombre³.

³ Los textos paulinos fundamentales sobre el misterio son: Ro 16, 25-27; Ef 3, 3-6; Col 1, 25-27.

El destino humano de la revelación

La revelación de Dios es «para el hombre» y esta dirección y destino humano de la acción trinitaria afecta a la misma revelación. De esa forma, puede darse por definitivamente superada cualquier explicación de la revelación como realidad que existe en sí misma, independientemente de toda referencia histórico-concreta. La insuficiencia teológica de esa idea de revelación es patente ya que piensa poder alcanzar el *qué* sin necesidad de tener en cuenta el *cómo*.

Que la revelación sea para el hombre ha sido explicado en la teología de nuestro tiempo de varias maneras, dependiendo de los enfoques generales de cada autor o corriente. A partir de ahí se abren, como se ha dicho, varias posibilidades, no todas del mismo valor ni igualmente equilibradas. Esto último acontece en aquellos antropocentrismos para los que resulta cada vez más difícil el hablar de Dios, e incluso acaban negando esa misma posibilidad. En este caso y en otros semejantes la idea del hombre con la que se opera suele ser la del hombre separado de la necesaria referencia a la creación y a la redención, del hombre encerrado en su historicidad y mundanidad.

Supuesta la llamada de todo hombre a la comunión con Dios, la acción por la que Dios se dirige a los hombres para comunicarles sus designios de amor sólo podrá ser entendida si se comunica humanamente, y si no pudiera ser percibida por el hombre al que va dirigida permanecería desconocida. La «forma» humana de la revelación es una característica que la sitúa en el horizonte de percepción del sujeto llamado a creer.

Las ventanas por las que el hombre percibe sensiblemente son, sobre todo, los sentidos de la vista y del oído. Por esa razón, la revelación de Dios tiene lugar por medio de hechos y palabras intrínsecamente unidos a través de los cuales se comunica el misterio salvífico. «Este plan de la revelación se realiza con hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas. Pero la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación»⁴

⁴ CONCÍLIO VATICANO II, Const. Dogm. *Dei Verbum* 2.

Cristo es la cumbre y el centro de la revelación, y por esa razón constituye la plenitud de significado tanto divino como humano. En Él, Dios se ha hecho máximamente cercano y comprensible para el hombre. Aquí se halla la raíz de la característica sacramental de la revelación. Lo mismo que en los sacramentos hay signos humanos que comunican eficazmente la gracia, la revelación de Dios a los hombres es también comunicación de Dios por medio de realidades humanas. Juan Pablo II se refirió al «horizonte sacramental de la revelación»⁵, que indica «la modalidad histórico salvífica con la cual el Verbo de Dios entra en el tiempo y en el espacio, convirtiéndose en interlocutor del hombre, que está llamado a acoger su don en la fe»⁶.

El principio y el final: la revelación cósmica y la escatológica

Hay una manifestación de Dios en la creación. No es una revelación inmediata ni personal como lo es el actuar y el hablar de Dios al hombre en la historia, y en este sentido el término revelación aplicado a la manifestación de Dios en la creación no significa lo mismo que la revelación en la historia⁷. Pero es indudable que hay un conocimiento de Dios ligado a la misma naturaleza creada, independiente —al menos lógicamente— de la iniciativa reveladora de Dios, tal como aparece claramente en la Sagrada Escritura⁸.

Las obras externas de Dios constituyen necesariamente una irradiación creada de su poder y de su gloria. Cuando son reconocidas por el hombre como obras divinas, es decir, como obras que no tienen la razón de ser en ellas mismas, sino en Dios, entonces se convierten en «revelación» de Dios. Llevan en sí un clamor del Ser del que proceden, y del que reflejan un vestigio en virtud de la semejanza por la que imitan algo de su perfección. Ese clamor de las cosas vivido en la experiencia religiosa de la humanidad está en el origen de lo que Spaemann ha señalado como un antiguo rumor, «el rumor en torno a Dios»⁹. Y la declaración *Nostra aetate*, del Vaticano II habla de que «ya desde la antigüedad y hasta nuestros días se encuentra en los diversos pueblos una cierta percepción de aquella fuerza misteriosa que se halla presente en la marcha de las cosas y en los acontecimientos de

⁵ JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio* 13.

⁶ BENEDICTO XVI, Exh. Ap. *Verbum Domini* 56.

⁷ A la luz del Nuevo Testamento, la revelación de la creación no es una realidad cerrada y consistente en sí misma, sino que está orientada hacia la revelación de Jesucristo y referida a ella.

⁸ Sab 13,1; Ps 8; 19, 1-2; 104; Eclo 18; 39; 43; Hch 17,24-29, Ro 1, 19-212.

⁹ R. SPAEMANN, «El carácter razonable de la fe en Dios», en *Humanitas* n. 61 (2011) 62. También R. SPAEMANN, *El rumor inmortal*, Madrid: Rialp, 2010, 15.

la vida humana y a veces también el reconocimiento de la Suma Divinidad e incluso del Padre»¹⁰.

En el otro extremo se encuentra la que llamamos revelación escatológica. En esta revelación final de Dios alcanzan su sentido último el cosmos y la historia en la que ha tenido lugar la autocomunicación de Dios a los hombres. Si la revelación cósmica hace posible que se pueda discernir la revelación en la historia, la revelación final es la que completa, da plenitud y sentido, cumple lo que en la historia era provisional o meramente incoado.

La revelación escatológica será la manifestación plena de las realidades que percibimos por la fe, no ya a través de palabras o signos, sino en sí mismas, como tales realidades. La Sagrada Escritura describe el conocimiento a que da lugar la revelación escatológica como visión (1 Jn 3, 3) y como conocimiento perfecto, que no es ya simple gnosis, sino «epignosis» (1 Co 13,12). Según S. Pablo, el conocimiento que tenemos ahora de Dios es «como en un espejo y oscuramente (*in aenigmate*)», en tanto que el que tendremos entonces será la realidad conocida «cara a cara» (1 Co 13, 12). El conocimiento actual «*per speculum*» e «*in aenigmate*» es el conocimiento de la realidad no por sí misma, sino por medio de signos y de una imagen suya. El conocimiento «cara a cara» al final de los tiempos será directo, intuitivo, inmediato, claro.

Dios se revela por la palabra

Dios habla a los hombres, se dirige a ellos mediante un lenguaje que pueden comprender: a través de signos lingüísticos que comunican la realidad. Al hablar a los hombres en su revelación mediante la palabra, Dios manifiesta su interés y amor personal por cada uno y al mismo tiempo comunica «algo»: no nos dice sólo que se interesa por nosotros, sino también nos dice su mensaje, lo que quiere comunicarnos para nuestra salvación.

Ahora bien, ¿qué significa, en realidad, que Dios habla? ¿Se trata tan sólo de una manifestación de la condescendencia divina que adopta una forma de comunicación accesible a los hombres? Es claro que Dios no habla como los hombres. El hablar histórico, de seres sensibles y contingentes, no puede atribuirse a Dios que se halla fuera de la historia y no necesita comunicarse. Por esta misma razón, no se puede pensar en un signo creado que sea adecuado para expresar lo increado. Pero si tenemos en cuenta que

¹⁰ CONCILIO VATICANO II, Declar. *Nostra Aetate* 2.

el Logos, Verbo, existía en el principio, que «estaba junto a Dios y era Dios» (Jn 1,1), entonces se concluye que en Dios hay un hablar absolutamente original, divino, que pertenece al ser mismo de Dios Trinidad. Por esta razón el primer significado de la expresión «Dios habla» es: Dios profiere su Palabra desde la eternidad, Dios engendra al Hijo-Verbo¹¹. Aunque a este nivel no se puede hablar de revelación propiamente dicha, la Palabra personal de Dios permanecerá como el origen y modelo de toda la revelación histórica. El «Logos» de Dios es el que se halla presente, aunque velado, en la manifestación divina en la creación y en todo el hablar de Dios en el Antiguo Testamento¹².

También se puede afirmar que «Dios habla» si nos referimos a la «encarnación» progresiva de la palabra de Dios en la historia. La palabra que Dios dirige al pueblo de Israel se hace auténtica y real encarnación humana en Cristo, cuando el Verbo de Dios asume la naturaleza humana. Jesucristo entonces, es la plenitud de la revelación tanto por ser la palabra última y definitiva de Dios —Dios entre nosotros— como por ofrecer la máxima inteligibilidad posible a través de su humanidad¹³.

Las dos formas de hablar de Dios vistas hasta ahora —Dios dice en la eternidad su Verbo, y Dios dice a los hombres su Palabra mediante la encarnación— no son revelación de la misma manera. Sólo la segunda responde al concepto de revelación del que aquí nos ocupamos. Esa palabra histórica es palabra de amor, más allá de cualquier forma de necesidad. Dios habla a los hombres libremente, sin ser movido por nada ajeno a su propia benevolencia. Si Dios habla a los hombres movido únicamente por su amor, la consecuencia es que el Espíritu Santo se halla implicado en la revelación de Cristo. Cristo es Verbo de amor. La revelación a través de la palabra aparece de esta manera como una acción trinitaria: Palabra que Dios dice por Amor.

¹¹ Cf. el ensayo de J. Pieper: «¿Qué quiere decir “Dios habla”?», recogido en: J. PIEPER, *La fe ante el reto de la cultura contemporánea*, Madrid: Rialp, 1980, 115-143.

¹² Cf. Jn 1,9; Col, 16-17; Heb 1, 1s.

¹³ Santo Tomás establece una analogía entre los dos momentos de la palabra humana y los dos momentos de la Palabra divina. Así como la palabra es primero palabra interior —*imagen de la realidad*— y posteriormente palabra exterior —*signo lingüístico*—, la Palabra divina sería primero Imagen natural del Padre —*Persona divina*— y después signo exterior expresivo de ella —*la humanidad de Cristo*—. De este modo, Cristo revela el misterio de Dios, porque lo da a conocer, lo hace visible. Al mismo tiempo, sin embargo, lo oculta, porque no hay realidad creada que sea manifestación adecuada de Dios. Cfr. C. IZQUIERDO, *Jesucristo, Verbo del corazón y Palabra encarnada, en Cristo, Hijo de Dios y Redentor del hombre*, III Simposio Internacional de Teología, Pamplona: Eunsa, 1983, 685-691.

Un tercer significado del hablar de Dios se refiere a la comunicación de Dios a los mediadores de la revelación, la que se ha llamado «inspiración profética» o «carisma de profecía»¹⁴. Dios se dirige a hombres determinados, en un acto comunicativo mediante el cual ilumina su espíritu, les hace conocer la verdad o el bien, les muestra de forma visible por primera vez una realidad oculta, y les da la posibilidad de juzgar con una luz divina, («lumen propheticum»), de modo que el sujeto que recibe esa «palabra» debe cumplir la misión de transmitir a los hombres para su salvación el mensaje por él recibido.

Finalmente Dios habla a través de palabras. Nos referimos aquí, no a la Sagrada Escritura, que es palabra inspirada de Dios puesta por escrito por los autores humanos, sino a aquellas palabras «dichas» por Dios. De este tipo son las palabras de los profetas que transmiten un mensaje divino («Así dice Yahvé»; «Yahvé me dijo»), y sobre todo las palabras de Jesucristo: «Jesucristo, Verbo hecho carne, «hombre enviado a los hombres» habla las palabras de Dios (Jn 3,34)»¹⁵. Con ellas tiene lugar el encuentro de Dios con su interlocutor humano. El hombre que escucha la palabra descubre en ella el triple aspecto que la palabra encierra: un contenido que se expresa; una interpelación que pide una respuesta; y el descubrimiento de la interioridad que se ofrece para ser aceptada en la amistad. Pero las palabras de Dios no vienen de un igual al hombre, sino que vienen de arriba y expresan la condescendencia de Dios que se pone al nivel del hombre. Encierran, por eso, una enseñanza que el hombre es llamado a aceptar en el mismo acto con el que responde a las palabras de revelación con su propia palabra de fe.

Revelación a través del silencio

En el hablar de Dios es inevitable encontrarse con un aspecto paradójico: Dios se nos manifiesta y al mismo tiempo se nos oculta (*re-velatio*) a través de su palabra. La apertura del misterio de Dios Trinidad, que tiene lugar a través de imágenes y de palabras humanas, conlleva al mismo tiempo una manifestación de Dios a través del silencio ya que esas palabras e imágenes que percibimos son signos pero no la realidad misma de Dios que es increada. «El silencio de Dios prolonga sus palabras precedentes. (...) Por tanto, en la dinámica de la revelación cristiana, el silencio aparece como una expresión importante de la Palabra de Dios»¹⁶.

¹⁴ Desarrollado por Santo Tomás en *Summa Theologiae*, II-II, qq. 171-174.

¹⁵ CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Dei Verbum* 4.

¹⁶ BENEDICTO XVI, Exh. Ap. *Verbum Domini* 21.

Dios no puede dejar de ser «*Deus absconditus*», para convertirse plenamente en «*Deus revelatus*», y en la medida en que sigue estando escondido, el silencio es una forma de manifestarse. El silencio de Dios que percibe el hombre hunde sus raíces en el «misterio escondido», en la realidad insuperable de Dios que sólo se explica desde sí mismo, sin relación necesaria a sus criaturas. El silencio de Dios, en este sentido, apunta a la presencia y acción de Dios que se muestran para el hombre atento, no de acuerdo con las exigencias de la necesidad, sino de la libertad amorosa que pide ser acogida de manera abandonada e incondicional. El silencio, entonces, es el que acompaña a la entrega total. «Jesús no sólo habló; no sólo nos dejó palabras. Se entrega a sí mismo. Nos lava con la fuerza sagrada de su sangre, es decir, con su entrega “hasta el extremo”, hasta la cruz. Su palabra es algo más que un simple hablar; es carne y sangre “para la vida del mundo” (Jn 6, 51)»¹⁷.

La revelación de Dios que tiene lugar por el silencio, tiene también un significado antropológico: para el hombre no es posible hallar una respuesta total, que satisfaga plenamente a su intelecto, a sus preguntas sobre Dios y sobre su misterio. De ese modo, el hombre aprende que el conocimiento no es la suprema instancia de acercamiento a la realidad, y al saberlo está en condiciones de vivir –y en el fondo, también de conocer más profundamente– según sus auténticas capacidades. Como ha recordado Benedicto XVI, la tentación de reducirlo todo a conocimiento es siempre la tentación del hombre, desde el Paraíso, porque considera que únicamente el conocimiento le confiere el poder. Pero la realidad de las cosas, y más aún la realidad de los hombres y de modo insuperable la realidad de Dios, va más allá que lo que el conocimiento puede conquistar.

El fondo último de la realidad es inexpresable, y se requiere el amor para ponerse en el nivel de comprensión y acogida. Y este es el problema del hombre que «quiere tomar por sí mismo del árbol del conocimiento el poder de plasmar el mundo, de hacerse dios, elevándose a su nivel, y de vencer con sus fuerzas a la muerte y las tinieblas. No quiere contar con el amor que no le parece fiable. Más que el amor, busca el poder, con el que quiere dirigir de modo autónomo su vida. Al hacer esto, se fía de la mentira más que de la verdad, y así se hunde con su vida en el vacío, en la muerte»¹⁸.

Al silencio por el que Dios se revela, corresponde el hombre también con cierto silencio que es el que modula toda investigación y palabra sobre Dios, y de este modo se convierte en una forma insustituible de honrar a Dios. Dicho de otro modo, el silencio se convierte en doxología, en la alabanza que el intelecto

¹⁷ BENEDICTO XVI, *Homilía*, (20.III.2008).

¹⁸ BENEDICTO XVI, *Homilía* (8.XII.05).

humano debe tributar a la fuente de toda comprensión. «Se honra un secreto cuando se guarda silencio sobre él», afirma S. Tomás, a quien se deben también las siguientes palabras: «Dios es honrado con el silencio, no porque no se pueda decir o investigar nada sobre Él, sino porque cualquier cosa que digamos o nos preguntemos sabemos que está muy lejos de su verdadera comprensión»¹⁹.

Revelación por los hechos

La revelación cristiana tiene lugar también por medio de hechos intrínsecamente unidos a las palabras, como afirma DV 2. Hablar de hechos equivale a hablar de historia y con ello se abre la problemática moderna en torno a las relaciones entre verdad e historia, a la que aquí no podemos más que referirnos brevemente. Es evidente, en todo caso, que los hechos tienen que ver con la contingencia y la libertad, que se plasman de modo único en el Hecho de los hechos que es la encarnación del Verbo.

Es fundamental no separar los hechos de las palabras, porque solamente en el vínculo entre ellos se accede a la revelación de Dios (como sucede en los sacramentos –como veremos más adelante– con el «*verbum*» y el «*elementum*» de que habla S. Agustín²⁰). Es propio de los hechos su carácter único que significa que nunca es reducible a un tipo, serie o categoría. Por ser único se puede hablar también de la densidad de los hechos: lo que se manifiesta esconde estratos interiores, a los que solo se accede lentamente. Pero también los hechos pueden ser ambiguos en su significado. Es la palabra la que anuncia los hechos, exhorta a ellos u ordena que se realicen. También es la palabra la que proclama, narra o explica los hechos.

No cabe, por tanto, hablar de una revelación exclusivamente por la palabra o exclusivamente por los hechos. La complementaridad entre hechos y palabras no es accidental, sino consustancial a la misma revelación divina. La palabra, al explicar el sentido de los hechos, les da el carácter universal del que los hechos por sí mismos carecen, permitiendo así superar el positivismo de hechos que son contingentes y únicos. Por su parte, los hechos muestran en acto la realidad de las palabras y de las doctrinas, a las que aporta la significación concreta y viva de lo históricamente real. De este modo, se muestra una vez más el carácter doctrinal o de enseñanza de la revelación, junto a su carácter real y salvador.

¹⁹ In *Boet. de Trinitate*, I, q. 2 a. 1 ad 6.

²⁰ Vid *infra*, n. 22.

Al tener lugar la revelación por medio de palabras y hechos intrínsecamente unidos, volvemos a encontrar aquí la analogía con los *sacramentos*, en los que hay también palabras y hechos que, unidos, realizan la salvación por la gracia²¹. «*Accedit verbum ad elementum et fit sacramentum*», afirmaba S. Agustín²². Hay entre las palabras y los hechos una coherencia que, cuando se convierte en unidad, sirve para expresar el misterio de Dios. Esta coherencia llega a su convergencia máxima en Jesucristo, que es la *Palabra hecha carne*. En Cristo, sacramento del encuentro con Dios, la palabra y el hecho adquieren un significado revelador pleno y definitivo. Sus palabras y sus hechos tienen un sentido y una autoridad distinta a cualquier otra palabra y hecho reveladores, ya que son plenitud y culmen de la autocomunicación de Dios a los hombres.

Conclusión

Como sucede en toda la economía de la revelación y de la salvación en Cristo, la pregunta por la forma y los medios de la revelación conduce a la articulación de lo divino y de lo humano en el Mediador. En el mediador entre Dios y los hombres que es el hombre Cristo Jesús (1 Tim 2,5) convergen en unidad la forma trinitaria y el modo y los medios humanos de la autocomunicación divina. Por esa razón, podemos afirmar con verdad que Cristo es plenamente revelador y revelación de Dios a los hombres: «la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación»²³.

²¹ S. LANZA, «*Gestis verbisque*». Fecondità di una formula, en N. CIOLA (ed.), *La «Dei Verbum» trant'anni dopo*, Roma: Pontificia Università Lateranense, 1995, 57 s. Cf. J. PRADES, «La fórmula *gestis verbisque inter se connexis* y su recepción a los 40 años de la *Dei Verbum*», *Revista Española de Teología* 66 (2006) 489-513.

²² S. AGUSTÍN, *Tractatus in Ioan. Ev.*, 80, 3 (PL 35, 184).

²³ CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Dei Verbum*, 2.